

03

¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia?

Medios, redes sociales y la construcción digital del deseo de pertenecer

Sabrina D. Pietrovzki

sabrinapietrovzki99@gmail.com



DESCARGAR ARTÍCULO 03 · GRATIS

Nota editorial: pieza de opinión y análisis. No se presenta como artículo de investigación sometido a arbitraje científico. La revista aplica revisión editorial, corrección de estilo y control de integridad a esta sección.



¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia?

Sabrina Daiana Pietrovzki

Tipo de contenido	Artículo de opinión
Recepción	15 de diciembre de 2025
Publicación	agosto de 2026
Evaluación	Revisión editorial. No sometido a arbitraje científico.
Afiliación	No informada
ORCID	No informado
DOI	No asignado
ISSN	3125-3407
Correspondencia	sabrinapietrovzki99@gmail.com
URL permanente	https://revistanuevaola.ar/articulos/pertenencia

CÓMO CITAR · APA 7

Pietrovzki, S. D. (2026). ¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia? *Nueva Ola. Revista Académica y Política*, 1(1), artículo 3. <https://revistanuevaola.ar/articulos/pertenencia>
ISSN 3125-3407

LICENCIA DE ACCESO ABIERTO

La persona autora conserva sus derechos. Esta contribución se distribuye bajo **Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0)**. Se permite compartir y adaptar la obra, incluso con fines comerciales, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, se enlace la licencia y se indiquen los cambios. La licencia no se extiende automáticamente a logotipos ni materiales de terceros expresamente identificados.

Políticas editoriales: <https://revistanuevaola.ar/politicas-editoriales>

Cómo citar este artículo · APA 7.ª edición

Pietrovski, S. D. (2026). ¿Quién habla realmente cuando creemos que hablamos por cuenta propia? *Nueva Ola. Revista Académica y Política*, 1(1), artículo 3. <https://revistanuevaola.ar/articulos/pertenencia>
ISSN 3125-3407

¿Hasta qué punto nuestras decisiones son propias en un contexto donde el resurgimiento de la derecha global, el miedo y las RR.SS. reordenan libertades que creíamos conquistadas?

La pregunta no es menor. En los últimos años vimos cómo agendas conservadoras volvieron para instalarse con una fuerza inesperada, cuestionando derechos y apelando a una nostalgia que promete orden a cambio de retrocesos. Sin embargo, ese avance no ocurre solo en lo político, sino que se sostiene en una arquitectura comunicacional que hoy determina qué consideramos real, normal o deseable, e inevitablemente, quiénes merecen determinados derechos.

Cuando los medios dejan de informar y empiezan a producir vulnerabilidades

Los medios tradicionales siguen operando como cuarto poder, construyendo agenda y, en consecuencia, condicionando qué problemas merecen intervención estatal. Las redes sociales, sin embargo, se consolidaron como un quinto poder informal, sin controles y con una capacidad mucho más profunda. Ya no se limitan solo a informar, sino que ahora también moldean identidades. Esta estructura comunicacional no solo describe vulnerabilidades existentes, sino que muchas veces las produce.

En la perspectiva latinoamericana, la vulnerabilidad es construida socialmente. No nace de la nada ni sólo de circunstancias individuales. Surge cuando las estructuras dejan a ciertos grupos expuestos o directamente los señalan como problema. Este mecanismo es profundamente político. Si los medios masifican discursos que asocian derechos de género con caos, o diversidad con “peligro cultural”, entonces la vulnerabilidad no es una situación preexistente, es el resultado de una decisión editorial que luego se traslada a decisiones políticas.

Afirmamos que las políticas públicas no nacen en el Estado, sino en estas controversias que la sociedad expone y amplifica. Veamos los casos de divorcio, ESI, matrimonio igualitario o violencia de género: todo empezó como discusiones

sociales. Por eso importa entender que, cuando los medios y las redes deciden qué se discute, también deciden qué derechos pueden existir o dejar de hacerlo.

La pertenencia como motor de la vulnerabilidad social y las políticas públicas

La cultura digital intensificó una presión silenciosa, la necesidad de pertenecer. Hoy la pertenencia no se busca en la comunidad física sino en tribus digitales. Lo que consumimos, decimos y pensamos queda atravesado por el deseo de formar parte de un grupo que parece encajar en la estética dominante del momento.

Antes, cada país tenía modas propias, ritmos propios, consumos propios. Hoy todo es igual en todas partes. Lo que debería ser diversidad se transformó en un todo que borra identidades, culturas y particularidades.

La vulnerabilidad social se ve claramente en estos procesos: quiénes no encajan quedan afuera; quiénes no reproducen la moda, silenciados; quienes defienden lo propio, ridiculizados; quienes intentan pensar distinto, expulsados del grupo.

La presión por pertenecer reemplaza la discusión política por la repetición emocional. La derecha contemporánea lo entendió rápido, el miedo moviliza más que cualquier programa y las redes son el mejor vehículo para activarlo. Se amplifica así la idea de amenaza constante. La mujer que reclama derechos se vuelve “enemiga del orden”; el inmigrante, “culpable del deterioro económico”; el feminismo, “ideología peligrosa”.

No hay novedad en este discurso, lo novedoso es su eficiencia emocional. Contenidos simples, virales, repetibles. Memes que construyen sentido común. Clips que recortan la realidad para generar indignación. Sobre esto se instalan políticas regresivas que avanzan más rápido de lo que la sociedad puede debatirlas o comprenderlas.

La falta de políticas públicas es también una política. En la pandemia lo vimos con claridad, personas sin agua obligadas a “lavarse las manos”, familias sin recursos obligadas a “confinarse”. La vulnerabilidad no estaba en

ellas, estaba en la ausencia del Estado. Aquí aparece otra dimensión de la vulnerabilidad, la programática. Cuando el Estado hace suyas estas narrativas o decide dejar de intervenir, produce vulnerabilidad.

Las políticas públicas deberían diseñarse con metas claras y basadas en evidencia. Sin embargo, en este clima emocional amplificado por redes, medios y miedos, muchas políticas terminan respondiendo a lo impuesto y no a lo realmente necesario.

Está claro: cuando los discursos instalados presentan a la violencia de género como “exageración”, la política se retrae; cuando sostienen que las minorías son “agenda ajena”, se recortan programas. Lo político debería ser el espacio donde debatimos colectivamente hasta alcanzar consensos, pero hoy la conversación pública está secuestrada por narrativas que se viralizan más rápido de lo que podemos analizarlas. Y ese recorte emocional termina definiendo qué políticas existen y cuáles desaparecen.

Identidad, nación y la pérdida de lo propio

La identidad nacional es otra dimensión que no podemos ignorar. Sabemos que una nación no es una frontera ni un límite territorial establecido. Es una construcción simbólica, resultado de aprender quiénes somos, qué historia nos antecede, qué cultura compartimos.

Por eso la educación pública fue históricamente pilar del sentimiento de pertenencia. Así, la educación viene a construir una identidad colectiva; nos enseña bandera, himno, próceres, comidas típicas, historias compartidas. Sin esto, no hay nación.

Cuando un gobierno deslegitima este marco y plantea que debemos “parecernos más” a otro Estado, lo que erosiona no es un contenido escolar, es la raíz misma del colectivo. Cuando además esa deslegitimación es amplificada por redes donde lo propio siempre es comparado, degradado o reemplazado por lo que circula globalmente, la identidad se diluye.

El dispositivo que tenemos en mano nos dice que lo nuestro no alcanza; que la canción local no es tan buena como la extranjera; que el mate no es tan cool como el nuevo café viral. Nos dicen constantemente que algunas tradiciones argentinas son las que hay que cambiar.

¿Dónde queda entonces el sentimiento de pertenencia?

¿Dónde queda la nación si lo nacional se vuelve objeto de burla?

¿Dónde queda la identidad cuando la política nos pide dejar de ser quiénes somos?

A la vulnerabilidad programática se suma otra, la cultural. Cuando la identidad se debilita, la sociedad queda más expuesta a discursos regresivos que prometen orden a cambio de obediencia. La pérdida de lo propio debilita la capacidad de resistir retrocesos, porque sin identidad colectiva no hay comunidad política; y sin comunidad política no hay derechos que aguanten.

Decidir en un mundo que decide por nosotros

Volvemos a la pregunta inicial: ¿quién habla cuando creemos que hablamos por cuenta propia? La respuesta es incómoda, pero necesaria.

Actualmente decidimos en un ecosistema donde los medios y las redes sociales moldean identidades y legitiman políticas que retroceden en materia de derechos conquistados. El giro conservador no es sólo ideológico, es comunicacional. Se apropia de miedos, nostalgia e identidades frágiles para reinstalar desigualdades históricas.

Si queremos recuperar autonomía política y proteger derechos conquistados, necesitamos reconstruir identidad, exigir políticas basadas en datos y recuperar espacios públicos donde la sociedad pueda debatir sin depender del algoritmo.

En definitiva, si renunciamos a lo propio, alguien más decide por nosotros

© 2026 autor/a. Publicado por Nueva Ola · Consultora & Centro de Estudios Rincón Político. Acceso y descarga gratuitos.